

Las bestias

1

¿Iban a matarlo? Súbitamente, su mundo se había estrechado tanto que no le cabía la menor duda. Pero su consternación no se debía a la probable inminencia de aquello, sino al hecho de estar al corriente gracias a la efímera irrupción de realidad que nace de una coincidencia. El haberse enterado de un complot letal contra su persona (su pacífica e incolora persona) era un trance de tal envergadura que primero demandaba sedimentarse, para luego ostentar las aristas lógicas del peligro. Pero saberlo a partir del minúsculo acto de levantar un auricular (él) y escuchar el cruce de dos dialogantes (ellos), que se comunicaban sin redundar en esos pormenores que técnicamente son denominados medios, fines, o cosas por el estilo, pero que sí dejaban claro la resolución de asesinarlo, es decir, de sustraerle su máspreciado e inútil patrimonio, era cosa inexplicable.

No caben dudas, pensó, han citado mi nombre completo, el número de una casa que es la mía, en mi calle, y luego han dicho que ya era el momento de eliminarme, de cepillarme, de pasarme la cuenta, de meterme en el traje de palo. Y para acabar con toda consoladora mala interpretación, han sido particularmente quisquillosos ante la importancia de desaparecer rápidamente el cadáver.

La sangre, le temen a la sangre, han dicho: no quieren mancharse con mi sangre.

No obstante, antes de pensar en sí mismo, antes de enmarcar en la consecuyente red de alarma sensorial el peligro que corría su cuerpo rosablanca y afiebrado, le dio por pensar en las largas horas de su vida que habían estado consagradas al teléfono. Noches enteras pasaba marcando al azar números distintos, o simplemente levantando y esperando. Esperando. Hasta que aparecían los ruidos, los cruces de voz, los diálogos sin rostro que él escuchaba desorbitado. Incluso alguna vez, de tanto remarcar series ciegas, había provocado una coincidencia de números reconociendo del otro lado la misma exacta voz que dos horas antes le había hablado. Nunca pensó que su hobby, el vicio de las líneas telefónicas imperfectas en una ciudad que se caía a pedazos, fuera a regalarle la noticia de su muerte. Dejó la silla disimulada bajo la mesita del teléfono y no se ocupó en colgar el auricular. Tenía una fiebre muy alta, y no por el impacto de la noticia de su propia muerte, sino por la secuela, creía él, que le había dejado la mordida de aquel animal dos años antes. Observó el teléfono negro y sintió por este un odio del tamaño de toda la ciudad.

Meditó. Quién podría tener interés en cobrar una vida anónima como la suya. Su odio hacia el teléfono, que ahora tomaba prestado el tamaño de toda la ciudad, nunca antes había tenido siquiera el tamaño de un enemigo. Pensó en esa novela que acababa de leer, en la cual se abría un proceso a alguien cuya vida parecía calcada de la suya. Lucharía encarnizadamente por el derecho a seguir ostentando una vida sin pretensiones, engranada en el mecanismo oculto de la ciudad. Como la existencia de un balón dentro de una caja de rodamiento.

